



JOSÉ MARÍA MILLARES

José María Millares Sall

BIG
860-1
MIL
rit



RITMOS

ALUCINANTES



RITMOS ALUCINANTES



JLG 8091



JOSE MARIA MILLARES SALL

P.R. CANARIAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE G. CANARIA
N.º Documento <u>220125</u>
N.º Copia <u>624401</u>

Ritmos Alucinantes



LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

1974

DEDICATORIA

*A mis hermanos Agustín y Manolo Millares
Sall que fundaron conmigo «Planas de Poesía», y
a Rafael Roca que se embarcó generosamente en
esta aventura.*

Doblas en cuatro partes tu estertor.
Por una sola cara
escrito. A dos espacios
doblas en cuatro partes tu agonía.
En cuartilla holandesa.
Máximo cuatrocientos renglones
coceando impotencia,
como si la medida del estruendo,
de la dicha, el placer,
la llama y el amor
se pudieran medir por los cerrojos
que penden del silencio y el borrón,
que así se dicen cosas,
se premian, se enaltecen
con negros medallones de lujuria,
desiertos demagogos del furor,
ilustres armatostes literarios,
de cardos naturales,
coronas de secano, de críticas sin críticos,
calzonazos, bolígrafos del cero,
si cuando inútilmente
nos meten el zarpazo de la luz
en el vientre infinito de esta cuerda
que a diario devoramos

por ver, sentir la flor
iluminando el cuello de los ríos,
su blanca dentadura,
la cuerda esplendorosa de su luz,
sus dedos palpitantes,
su limpia, su agobiante claridad.

Imerso en el vacío,
cercado por la fuerza de la voz,
metido entre los labios hirientes del diamante,
doblando el espinazo de la historia
—tinieblas, paredones solitarios
del terror que acometo, que empujo hacia el camino
que cuelgo de los hombros de las olas
que rompen mis gemidos—,
después de hablar del tiempo,
del jornal que cobramos, de los tristes domingos,
páginas, negras horas sin sentido,
que así somos más hombres
comiéndonos el luto,
desvirtuando las aguas que tragamos,
hundidos, como piedras en el lodo,
en las mantas comidas por el hambre,
en sus negras costuras,
desgarros de esta carne, de este ritmo
que gota a gota horada,
profundiza en su rostro su dura realidad,
su dolor maniatado,
cuando el día, la fruta azul del árbol
madura como un ascua huracanado,
junto al temblor silvestre de los campos,

carro, fosa común de la alegría,
apenas cuando el aire se muerde por la cola,
nos hiere la palabra
y brota abierta al mundo su sangre fulgurante,
las ramas que golpean la razón.

Profundamente cierto en el camino
empuño la herramienta,
la imagen que conozco,
capaz de construir la utilidad,
el desorden concreto
que vierte en las lagunas de los sueños
su metro delirante, enloquecido,
la balanza sin pesas de la muerte,
inmerso en este abismo
sin fin de los recuerdos que aún están por nacer,
esparcimiento al fin de las palabras
que afirman soledad,
sedientos cuencos, hondas cornadas, simas,
senderos aferrados a los muros
de los años profundos,
sinceros de los mares que alargan sus latidos,
sus voces infinitas, del ronco, del sonoro
ladrido de las horas
que afilan sus colmillos, sus silencios,
de muecas y de rabias desoídas,
cuando arriba, en el ojo del espacio
la materia se pierde, se hace un punto,
un sueño, una razón,
un átomo sin fin de la verdad
que asesino en mis horas de agonía.

A trozos se nos cae
del negro lagrimal de la miseria
la ola que a bandazos nos empuja,
enrama con su espuma
las cárdenas ojeras de la noche,
cerro humeante, gris desesperación,
hacia el ojo que fragua
la línea imperturbable del futuro,
herrereros de la aurora,
que tienden su infinita nebulosa,
sus brazos descarnados,
delirios de los días que se embarran,
del segundo a segundo que asesina
la escalinata azul, mortal de nuestros lechos.

Las riberas mordientes,
los costados sangrantes de la aurora
—fuerza, presión, impulso de los ríos
que empujan poderosos a los mares
el sudor desollado de sus aguas—,
el ritmo a muerte, el fuego de unos ojos,
el desgarrar asesino del engaño
que ve crecer la soga, el desgarrón,

la sombra aborrecida, iluminada
por la lámpara negra del terror
—diluvio, orquestación, borrasca del sonido—,
para ser paredón, crimen, portazo
de la voz que a rabiarse sale la vida
en este incierto soplo,
que de amor y delirio
a gritos se desata de la carne,
que a muerte se rubrica en nuestras manos.

Las palomas eléctricas del sueño
que a uñas se nos clava, remacha con sus gritos
los camastros gimientes de la dicha,
destroza los zapatos del camino
que a fondo se nos mete,
despelleja sublime el despertar,
la huída desolada, mortuoria,
del tronco envilecido por el miedo,
del hombre que agazapa su cerebro,
redondea su mugre, se hace el muerto,
bajo el hoyo que oculta su ignominia,
su mundo rencoroso, tierra, granizo azul
bajo la hoguera viva de los días,
su llanto nuclear,
su índice carnosos hacia el vestigio
que surge y nos señala
los verdes arenales de los campos,
su gloria esperanzada,
la diana recosida, ametrallada
por el cepo tenaz de la ignorancia,
por la llama maldita del engaño,
hasta volver de nuevo las aguas a su cauce,
las voces a medir
la sorda rebelión de los andrajos.

Sangro en la luz, desciendo.
jubiloso hacia el pasto de la carne
que adormecen los días.
Cubro la llama azul, acariciante
de las manos que elevan a los cielos
la gran deslealtad de la agonía,
curva celeste, campo sangrante de las olas,
aventuradas voces gimiendo alucinantes
la vida que resbala, la extenuación sin límites,
raudas praderas, fosas calcinadas
por la muerte que surge
de pronto sobre el lomo de los nadies,
a pelo en el caballo de las horas,
expectantes fugaces del ladrido
donde ya nada importa, se pierde en el dolor
sonoro de los años que vivimos.

El agua que bordea
la línea empobrecida de las cosas,
de los simples objetos, de una silla, una mesa,
un cuadro, una sonrisa,
lenta recorre, lenta, lentamente
desdibuja el sentido de las manos



que no han de despertar,
hacia el simple recuerdo de los días,
colmenas, muros, vértices
donde tranquilas vuelven, llameantes,
las carnes a la orilla de las playas
que mueren en el mar.

Tendido, boca abajo,
sobre el polvo sangrante de una fosa
escucho el corazón que ronca bajo tierra,
raíces, lluvias, ramas,
azuladas palomas, inmensas mariposas,
dulces flores tiñendo de alegría
los colores perdidos de los cielos.

En esta grieta verde que sacude mi pulso
escucho mi silencio,
la carne que me ladra, que me escupe
furiosa a la pared donde la muerte
aguarda liberarme de los odios,
la vida y la mentira.

Nada pasa. El dolor devora a solas
los párpados cerrados de la noche.
Aquí acaban mis horas, las puertas se me cierran,
las ventanas se agolpan contra el llanto.
Ocurra lo que ocurra
en este dulce día dormiré para siempre,
tendido boca abajo,
como el alba radiante de la tierra,
perdido inmensamente en su verdad.

De la sombra reptante del tumor
—latigazo del aire,
arroyo enfurecido, trauma, escollo—
nace la huella humilde de la vida,
la carne poderosa, infatigable
del hombre que a zarpazos, a fuerza de basura,
de barro y de alegría
avanza hacia el cerebro de la noche,
con su rabia infamante,
bajo el cielo inclemente, sudoroso,
que alumbra achicharrante
la línea que se pierde en el misterio
donde los pies se clavan,
se hunden perforando
la llama negra y sorda del asfalto,
la rosa de los vientos, la luz que busca al mar,
su soledad batiente,
su espuma incomprendida.

Una marea humana,
un hilo, un alarido de carne putrefacta
se extiende como un bosque de moscas y basura
a lo largo del río que asfalta la pobreza,



suplicantes benditos,
galopantes mortajas,
por brazos insaciables que se alargan
como ramas salvajes
en busca de la arena, del perro que se amasa y se devora
como panes cocidos por la noche,
terrones miserables del salario
que aroma las alcobas, las charcas insaciables
donde duermen los lobos,
la negra conjunción de tantas voces,
sus indigestas tripas, sus heces nauseabundas,
cuando la luz se vuelca estrepitosa,
cae de pronto al pozo de la aurora,
fogonazo, azadón maravilloso,
limpio de asperezas, prodigioso y sublime
sobre la torpe especie dolorida
que el tiempo ha de gemir, como el recuerdo,
las horas, las palabras
que nunca han de volver
a las olas del alba que se pierden
en el mar infinito, ensangrentado,
donde acaban las huellas,
la esperanza sonora que brota de los labios
radiantes de una flor.

Se comía los ojos,
las tripas de su voz,
las cornadas del día,
las uñas que rodaban sin descanso
al fondo de la nada,
de la negra escudilla de la muerte,
del salario, del tronco perdido de su luz,
cuando pienso que a sangre hay que batir
el cobre venenoso,
la rabia iluminada de los zorros,
el orden submarino de los mares,
sus olas, su salvaje geometría,
me siento como libre de la noche
que nos crece, nos muerde pierna arriba
la palabra que a fuego se nos marca,
el fuero mutilado, sangre, impulso,
despeñando las luces, los hilos cancerosos
que surgen, que se elevan de los montes
malditos del sudor,
negras manos en cruz de la pobreza
donde el miedo, la rama temblorosa de una lengua sangrante
se crispa, nos azota sin piedad
la gran llanura gris de los caminos.

Hemos de arder, gemir
devorando el veneno,
la sombra, el pan podrido de estas manos,
en la espuma infinita de los siglos,
pordioseros sin fin de la materia,
cortantes como el hacha
de los dientes azules de la envidia,
caídos en desgracia, sepultos, negros sacos,
en el cieno verbal de los gemidos,
en la sombra comida por el fuego
sediento de los pobres,
como ríos de piedra enardecidos,
inmensamente abiertos, carne a llantos,
abiertas sepulturas,
siglos, azadonazos de la hora
del barro que ha caído sin piedad para nadie,
calcinando el silencio que nos cava
la flor del espinazo,
su llanto en este duelo alucinante
que, de niño, aprendimos a beber
como ahora a colgarnos del terror,
del cepo del camino
que se pierde infinito como un sueño,
relámpago oceánico del cosmos
que un día hemos de hacer
mordiente claridad de nuestro amor.

El éxodo estrellado de los sueños,
la curva, el llanto azul
del aire que fustiga la memoria,
que azota el vendaval de esta palabra
con la sangre que clava sus espuelas,
su alarido estrellado contra el río
que vierte su esternón resplandeciente
en los pozos inmensos del cerebro
y busca entre las piedras silenciosas
el sudario mordiente de los días,
la emergencia global de la alborada,
donde en paz se deshojan los senderos del árbol,
el fuego que se incrusta en el espacio
—insolación, ramaje prodigioso
del verde diluvión de la ternura—,
donde el ojo se expande y desintegra
la negra rebeldía de la noche,
y surge la explosión, la ola y la alegría
del trueno que ensordece
sublime el resplandor de un nuevo amanecer.

Sale a la calle el miedo a la verdad,
el timbre de una puerta,

su eléctrica denuncia, el chivatazo,
el humo del silencio,
los faldones comidos por la sarna
del salario que muerde agonizante
—diluvio en flor, praderas desbordadas
por las aguas que anegan
los verdes precipicios vegetales —,
a mentir el camino
con el infarto a punto de obstruir
el canal de la vida,
de frenar el dolor
que a gritos se nos sale de las piernas
que huyen como nubes desgarradas,
como ramas prendidas de los ciervos
hacia el gran precipicio del aroma,
del espacio que duerme su delirio,
su blanca soledad.

Del nunca ya más nunca,
de la ultranza sin límites,
del cero que amasamos, del sudor
que a voces se nos sale a borbotones
del paredón del miedo, tromba a chorro,
diluvio acojonante,
incrustación agónica
del clavo fulgurante de unos ojos,
la voz maravillosa de unas manos,
callejón piedra a piedra de la vida
que amaso como el pan de la muerte,
por amor a la carne que en los brazos descalzo,
el gemir amoroso de unos labios
donde siento crecer luminoso el aliento,
en busca de una calle,
huyendo de unos ojos, sordo, sucio, mordiendo
la flor, la sombra viva de los años,
palabras que a colgajos se nos caen,

recodos sin descanso de los sueños
que vuelven a mis horas, a mis años,
a ser río de hiel, zanja, camino,
llama prendiendo, corneando,
abriendo mis pulmones a la muerte,
al hogar infinito que aprisiono
por morder la alegría
que agoniza en el techo de una alcoba,
que anochece en mi sombra, en el calvario
que bebo como un trago de tortura
en el desierto impuro de los ojos que nunca,
ya más nunca he de ver
gimiendo en mi razón su despertar.

Voy al fondo del ojo, al nacimiento
de la luz, a su imagen crispada, retorcida,
relámpago feroz
que a chorro se nos clava, nos ahoga,
por escuchar la ola azul del llanto
que muerde nuestra sangre,
desgarra la embestida
de este abismo acuciante de la muerte,
al fondo, al más profundo
latir de nuestra sed,
a despertar, abrir de un golpe la hermosura,
la flor, la rabia sorda de unas manos,
cardo, veneno en punta,
desorientadas hienas que buscan la locura
en el fondo del ojo,
en su sorda espesura,
palabra de este hachazo alucinante,
tormenta, vendaval, diluvio ensangrentado
donde el negro desprecio de la muerte
habita en la razón,
se acomoda y acecha,
pantera de esta garra,
médula envilecida por el odio
que a lo largo del tiempo, diminuto
rescoldo, voz apenas pronunciada,
hará dormir la flor de nuestra vida.

Si el agua, si el tumulto enloquecido,
si las olas que fraguan los infiernos,
que a voces edifican los muros de la vida
—sedienta rebelión, agonizante
recinto, fosa inmunda de la carne—,
prendieran del torrente azul del mar
su inyectable vacío,
el prodigio, el veneno de esta carne
que a diario muerde el polvo
y extiende su semilla, los ojos que aprisionan
la gran desesperanza de las nubes,
desgarradas palabras, extendidas
como ríos tejidos
por la gran maquinaria de los tiempos.

Las páginas inmensas de los campos
florece, se desangran, se amontonan
en los muros sedientos,
impactos infinitos, ilimitadamente desolados,
huellas donde se ahorcan
las negras calenturas abismales,
los cascos, las sublimes cordilleras,
la vida diminuta de los hombres,

el vuelo interminable de los prados,
como pieles tendidas a secar
sobre la superficie de unos ojos
que expanden su lujuria,
desnudas bajo el sol que lucha por nacer
y triunfa sobre el fango maldito de la muerte
y arranca de raíz, como el viento,
como el agua inyectando
la savia deliciosa de la vida
por ver crecer el árbol,
reventar en las nubes sus poderosos miembros,
sus músculos, sus dedos clavando, remachando
la luz, el alarido sangrante de una aurora
que arranca de la tierra, se incorpora
como el hombre al trabajo,
al descarnado mundo
de la vida y la muerte que a diario ve crecer
la muda rebelión de las montañas,
la herida del silencio,
la llama incorruptible de sus formas.

De abajo, de la oscura
noticia del cerebro, de su especie infinita,
del río y su raíz, de su impiedad,
comienza un asesino sus largas embestidas,
su dedo a encarcelar,
a inundar el asfalto,
la hiel, la manta negra y sudorosa
del diario quehacer,
del diario desunir desolación,
circunvalando el aire que perfilan los siglos,
el aire sin perdón de la pobreza.

Se fragua en la alegría de los monstruos,
negros devoradores del sudor,
borrachos laborales, ciénagas del futuro,
ataúdes sin fin de la indigencia
que ven multiplicar
sus garras, sus abdómenes podridos
por la gran infección de la avaricia
que extiende sus tentáculos, sus labios insaciables
por la carne del campo que envejece,
se duele y se contrae en las llanuras
que surco a surco muerden las entrañas del hambre

por extraer su fruto silencioso,
su firme soledad,
del ser que se nos muere,
que brota infernalmente de la nada,
del pan de cada día,
sudor, marea hirviente, negra y sorda
de sucios animales que se cubren,
encierran su riqueza en los harapos
sedientos de una aurora
que nunca han de sembrar,
corazón sarmentoso, envilecido
por las ruedas sangrantes,
dolor en seco, paro, llanto a llantos,
frenazo de este puño que comemos,
que el alba nos devora de la vida
clavando su rejón
de muerte en la cerviz que busca como un río,
las sábanas inmensas, gratuitas,
que siglo a siglo encubren
la gran adversidad de la poesía.

El llanto no es la siembra
que se pudre en los sótanos del miedo,
ni el cienago molido, estructurado
como harina del trigo que almacena el desgarró
del más hondo suplicio de la tierra
donde agarrota el aire
la cruel desolación de los que pudren
las arenosas carnes —jibas de los caminos—,
sino el desierto inhóspito del día
que clava su agujijón desconcertante
en los ojos profundos de la noche,
como un hachazo rojo de amor desesperante,
desatando la vida del vendaje
sublime de la muerte,
que el llanto es una luz, una armadura,
un vuelco dolorido de la sangre.

Chorrea pegajoso
su luz en las caderas azules de los montes.
Acaso un punto, un vuelo
que se pierde en el cosmos



cuando los pies del hombre se hunden pesarosos
en el barro podrido, infatigable
del diario trabajar
y el azadón del llanto nos cava en su pobreza
muerte, raíz profunda,
indolente del aire que encarcela
los blancos dormitorios de la vida,
de la lucha en prisión por ser palabra,
lenguaje de las cosas,
cicatriz del cerebro de la luz
que brota como un río
del manantial amado donde hierven
el agua y la esperanza,
su horrible, invulnerable amanecer del tiempo.

Cuanto más me desciendo,
me entierro en la marea del trabajo,
desando mi rencor,
me busco en el ramaje de los hombres,
palabra que me vivo,
palabra que me clavo, que me inyecto
el herrumbre mordiente —uña, duelo salvaje
del amor que me expande,
que ladrando me estrella contra el polvo—,
cuanto más me desdigo, me desgarró,
y los labios del hambre reafirman mis colmillos
por amor al no ser que me ha nacido
y empuja mi dolor, cuanto más me requiero,
cuanto más me embarranco, me desoigo,
me clavo de raíz en los recuerdos
por sólo despertar para gemir de nuevo
la rosa siempre abierta de las manos
que un día han de invadir
la verde plenitud de las montañas,
la aurora de estos versos, cuanto más en la muerte,
cuanto más me los viva.

Quien calla sella el mundo
que agrieta el polvo negro de los días,
la vara azul del aire de una voz,
la hiel que se nos sube machacante,
boca arriba, por miedo a la verdad.

Quien mudo como el ojo de una puerta
que cierra a la palabra
su fuerza, su color maravilloso,
o desoye los pasos del camino,
árbol, silencio en forma,
verdor resplandeciente
comiendo a dentelladas,
devorando en sus gritos
la carne que mastica
olas, sedientos besos de las noches
que nunca acaban, nunca se desdicen
del cero que recosen
las costuras del ritmo del callado,
de los ceros profundos donde alienta
el estertor curtido de la muerte
que a llantos se nos sale de esta piel
que arropa la pobreza del gusano

que habita en los segundos de la vida,
oscura y miserable del salario
que rueda enriqueciendo azul la orgía
del hombre que cosecha la razón,
se droga con el palo y su raíz,
la rabia y la verdad que los consume.

El mundo, esa minúscula porción
cada vez más lejana de sus formas
clavando está una flor
como un ojo de sangre en el espacio.

Se pierde diminuto como un grano
de arena en las tinieblas,
cabeza de una aguja que se clava
lentamente en la carne de los días,
minúsculo desorden de las cosas,
desprecio invulnerable de los ojos que aprenden
a ser mortaja viva del cadáver
que flota como un sapo maldito sobre el agua
cenagosa del llanto que nos rompe a ladrar
sus miserables despojos, su ruinoso apetito,
su babeante urdir misericordia,
falsa legión de cuervos,
campana del rodante voltear del sonido,
del cero que se filtra por el hueco
cerrado de la aurora,
donde el hombre trabaja el desvarío,
modela su agonía,
la sogá torturante de este mundo,

estrechando la mano de los días que empujan
al sueño a reventar
la ola que en su sangre ha de romper
sobre el mar que aprisiona las palabras
las infernales horas del silencio,
cuando el mundo, ese granó, ese punto
de luz se nos desgarran en el cerebro
que de un modo o de otro
la niebla enmudecida por los cuervos
sus ojos saltarán, furiosos en la hiel,
contra la inmensidad
que escuchamos crecer, como la hierba
que cubre los caminos sin fin de los tumores,
la escoria maldecida
por la luz generosa de los hombres,
su vida y su dolor.

El mundo, el equilibrio
en flor de los sentidos, el átomo, la vida,
las inmensas partículas del hombre
que a muerte nos condena
la tierra, grano a grano
emergiendo del fondo de la nada,
flotando en el espacio, amarga aparición,
óvulo universal,
si pudiera alcanzar su curva impenetrable,
si en las uñas del día la gota de mi voz
rodara ensangrentada
como un río hacia el espacio,
mar, azul desolado, patíbulo del tronco de los siglos,
siembra, canto, espuma incorruptible,
doliente senectud,
queriendo estoy salir del agujero
donde escucho el rodar de la pobreza,
donde pelo a pelo nos comemos
y a voces devoramos

la incruenta bendición de tantos hijos
—retazos de la furia, vendavales del llanto,
colmenas de alegría,
de amor y muerte, auroras
de la vida que siempre ha de volver
a bendecir a voces
la eterna rebeldía del amor.

Del negro fagonazo,
del aluvión en punta de los años
que se crispan dolientes en la carne
de los días que sangran,
de los años que azotan inclementes
los muros carcomidos de la vida,
del esplendor sin tregua de la aurora.

De abajo, del principio
donde emerge radiante, incontenible
la ciudad prodigiosa de los bosques,
alaridos del llanto que nos muele,
tritura gota a gota nuestros ojos,
barro, blando solar que amasa nuestro miedo
con sus ocres rugientes,
sus ríos torturantes, donde hundimos
la esperanza que irrumpe dando hachazos
contra el tronco del alba
su afilada palabra, su angustiosa condena,
por ser metralla o fuego liberado,
marchante de la angustia que asesina
la flor que nos arranca
del sueño que se pega a los costados,

nos hunde en su raíz,
el hoyo, el pozo negro de la muerte,
para volver a ser pájaro de este mar,
espacio inacabable, negra usura
donde los dedos clavan sus garras despiadadas
contra el duro terrón
diminuto del tiempo
que hierve polvo y rabia,
sediento entre los campos, los colores perdidos
en la gran soledad que nos envuelve,
que ahorca entre sus aguas
la sorda creación de las estrellas,
las charcas encendidas
de la imaginación que a diario nos desmiente,
consume nuestra llama entre los dedos
malditos del silencio,
sonoro en las entrañas de los seres
que habitan, que presagian
el tiempo que me existe,
los átomos que mienten su verdad
y crean la mentira,
su mundo poderoso en la materia,
que sangra despiadada en la memoria
del ser que nos soñamos.

Quienes amasan vida,
se cubren de escorpiones, de hienas las solapas,
de repugnantes gritos,
de hojalatas labradas por los negros
cinceles de la angustia,
y desatan sus vientres,
devoran la alegría de los pobres,
se comen a pedazos la verdad,
enriquecen sus hígados, voraces tiburones,
mastines insaciables,
tras la ley que enmudece la palabra

que clama impetuosa contra el miedo,
que impone sus pezuñas,
quien se come la harina del pan de nuestros hijos,
quien se oculta en la flor,
en la gran mariposa de los días,
deleznable gemir de la indigencia,
rata, carroña viva,
la verde llamarada de la tierra
morderá el corazón
con los dientes pulidos de la aurora,
con su brisa, su júbilo, su infierno,
para volver a ser, soñar con el trabajo,
la vida y la verdad
que a punto está de ser
fogonazo sin fin, maravilloso
del mundo que a rodar, catarata,
prodigio de los tiempos, volverá impetuoso
a los brazos del hombre,
a su luz liberada por los siglos
de los siglos, amén.

PLANAS DE POESIA

Tirada de 1.000 ejemplares

*Cuidan y orientan estas Planas
Agustín y José M.^a Millares Sall,*

*Alfonso Armas Ayala,
José Caballero Millares*

y

Agustín Millares Cantero

*Se terminó de imprimir el 5 de Enero
de 1973, en la Tipografía Lezcano,
Las Palmas de Gran Canaria*

Es propiedad del autor





